

## LUCHAS OBRERAS E INICIATIVAS DEL CAPITAL EN LA ERA DEL ESTADO DEL BIENESTAR. LA EXPERIENCIA BRITÁNICA\*

*Guillermo Farfán*

### Introducción.

Después de la 2a. Guerra Mundial, los procesos de intervención estatal en Gran Bretaña y otros países capitalistas dieron origen a la idea de que el Estado capitalista era capaz de superar la crisis y era asimismo una institución benéfica, esto es, un Estado del Bienestar. Sin embargo, para juzgar la validez de esta concepción es necesario referirse a los cambios significativos que tuvieron lugar durante las primeras décadas del siglo XX y a la naturaleza de las transformaciones estatales producto de las contradicciones y las tendencias que el capitalismo había generado hasta el final de la 2a. Guerra Mundial.

Nos parece que la mejor forma de aproximarse al problema del Estado del Bienestar y del Keynesianismo consiste en el análisis de los conflictos entre capital y trabajo, así como a las bases materiales de dicha contradicción, pues es ahí donde reside el fundamento de toda transformación estatal. La política keynesiana se generó de las luchas entre capital y trabajo no sólo en el sentido de que la clase trabajadora supo imponer al capital el reconocimiento de sus demandas, sino también como resultado del complejo de respuestas sociales a las cuales el capital habría de recurrir para contrarrestar las luchas obreras.

### Reestructuración de la clase obrera y nuevas formas de lucha.

Dos procesos históricos cobran especial importancia para el futuro de la clase obrera británica. Por un lado, su constitución como clase autónoma a partir de los procesos revolucionarios de 1848-70; y, por otro, la afirmación de su autonomía política en el plano de la organización de clase. De hecho, al final del siglo XIX el movimiento sindical había comenzado a competir agresivamente por un reconocimiento industrial y político. La estructura de la clase obrera estaba siendo modificada de una forma que hacía surgir una nueva estratificación jerárquica en la que los trabajadores no calificados se incluían dentro de las organizaciones tradicionales. La implementación del "taylorismo" y "fordis-

\* El presente trabajo es una síntesis del ensayo "The making of the welfare state in the post-war Britain", elaborado en la Universidad de Edimburgo bajo la supervisión del Dr. John Holloway a quien expresamos nuestra gratitud.



mo", en tanto respuesta tecnológica del capital, fue realizada de una forma desigual a lo largo de diferentes sectores industriales británicos y, a su vez, esto produjo un crecimiento de la militancia industrial de los trabajadores.

Como resultado de una modificación tecnológica, la producción en masa y el trabajo descalificado fueron introducidos durante las dos primeras décadas del siglo XX, con miras a destruir la antigua composición de la clase obrera y, al mismo tiempo, con el objetivo de controlarla. Sin embargo, la experiencia de la Guerra Mundial y el triunfo de la Revolución Bolchevique crearon las condiciones para el desarrollo de las luchas obreras en una escala mayor a la de años anteriores. El obrero que surgió de las nuevas luchas desafiaba el poder del capital y no tuvo que esperar hasta el estallido de la crisis de 1929 para conquistar el reconocimiento de su autonomía política. Seguramente esta anticipación política hizo que las expectativas revolucionarias de la clase obrera británica pagaran un precio más alto que las de sus contrapartes en el resto de Europa, en el momento de la "Gran Depresión".

Asimismo, el desarrollo de estos conflictos estableció un nuevo patrón en la forma como el Estado se relacionaba tanto con el capital como con el trabajo. En esta fase se asiste a la participación del Estado como árbitro en las negociaciones salariales a nivel nacional.

En este momento se produjeron dos cambios importantes dentro de las luchas obreras: de una parte, la formación de la idea de un sindicalismo "responsable", y de otro, el desarrollo de un movimiento alternativo de "shop stewards" con su nueva forma de organización y tácticas. La aceptación del sindicalismo por parte del Estado fue asociada a la concepción de un liderazgo obrero oficial "representativo y responsable", que contrastaba con la definición del movimiento antioficial como un extremismo que debería ser aislado mediante campañas coercitivas y propagandísticas. A pesar de ello, el movimiento de los "shop stewards" se extendió a través de diferentes esferas industriales y, a la larga, el desarrollo del movimiento en los niveles de base originó el fracaso del intento inicial para integrar las luchas obreras dentro del Estado y el fracaso, por consiguiente, de las instituciones que deberían llevar a cabo este proceso.

Fue ese fallido intento del Estado por desmovilizar las luchas obreras a través del sindicalismo oficial lo que evitó por el momento el éxito de la intervención estatal. Pero fue también este fenómeno lo que hizo necesaria la derrota total de la clase trabajadora en la "General Strike".

La derrota del movimiento de los "shop stewards" no suprimió, desde luego, el conflicto de clase pero consiguió crear el espacio necesario para la acción de las organizaciones sindicales oficiales. El desenlace de la "General Strike" representaba la síntesis de un proceso que se inició en los años veinte y que culminó con la

inmovilización de las luchas radicales de la nueva clase obrera. Esta derrota también significó la transición hacia nuevas formas de lucha sustentadas en la *institucionalización* del movimiento obrero.

La evolución del Estado intervencionista, entonces, supuso el desarrollo de las luchas obreras hasta un punto en que el líder y el sindicato, en tanto instituciones, sustituyen el esquema de democracia popular emanada de la base. Es esta forma mediatizada de organización, y por tanto de lucha, la que debe ser estudiada como la forma de presión social que conduce a la transformación de la relación entre Estado y sociedad, por lo menos en lo que respecta a la experiencia británica.

Esta peculiar condición de la historia política británica trajo a primer plano la emergencia del así llamado "nuevo sindicalismo", el cual representaba un cambio perceptible en la naturaleza del movimiento obrero y que se caracterizaba por el creciente poderío del Congreso de Sindicatos (TUC) dentro del aparato estatal así como por su compromiso a mantener las luchas de la clase obrera dentro de los límites de la existencia del capitalismo y del Estado. La nueva etapa de las luchas obreras estaba personificada en la figura política de Walter Citrine y Ernest Bevin.

Sin embargo, la institucionalización del movimiento obrero no fue condición suficiente para el desarrollo de la intervención estatal y menos aún para la configuración del Estado del Bienestar. Finalmente, la evolución del nuevo sindicalismo no fue el resultado de un triunfo de la clase obrera sino, por el contrario, de su derrota más rotunda. Así, pues, durante todo este período el capital declinó articular su propia iniciativa y prefirió asegurar las ventajas que las circunstancias políticas permitían y las dificultades económicas impusieron. Las cuestiones de la planeación y la nacionalización industriales fueron excluidas por los representantes del capital, para dar lugar a una política de recortes salariales y condiciones de trabajo desfavorables para el obrero, como única vía deseable para conseguir el aumento de la producción. La oportunidad de aplicar una política keynesiana tendría que esperar hasta el estallido de la 2a. Guerra Mundial, cuando la idea de una economía planificada empezaba a ser aceptada como un asunto de necesidad social.

Es así que la institucionalización del movimiento obrero, cancelando la confrontación directa entre capital-trabajo y entre Estado-clase obrera, y la guerra explican la naturaleza específica de las luchas obreras desde la segunda mitad de los años 30 hasta 1945, así como el contenido de las transformaciones dentro del Estado. Fuera de este contexto analítico, parecería como si el Estado del Bienestar hubiese sobrevenido como una gran concesión hacia la clase trabajadora sin haber librado ninguna gran batalla y como si los cambios dentro del aparato de Estado hubieran resultado de la implementación de un programa radical por parte del Partido Laborista.

## Transformaciones en el aparato estatal y el Estado del Bienestar.

El análisis de los procesos que llevan la sociedad británica de finales de los treinta a la constitución del Estado del Bienestar, no puede disociar el creciente poderío de los sindicatos oficiales de los cambios estructurales ocurridos en la articulación de los diversos aparatos de Estado, durante los primeros años de la siguiente década. El grado hasta el cual las luchas obreras estaban afectando el balance de poder entre las clases, puede ser ponderado a partir de la progresiva evolución del Ministerio del Trabajo como una fuente alternativa de decisiones en los asuntos internos, en contraste con la tradicional prevalencia del Primer Ministro.

Sin embargo, todo este proceso de cambio habría de materializarse a través de la guerra. Ella, fue la culminación de la crisis de 1929 y, en ese sentido, trajo consigo los efectos de la recesión: la intensificación de las contradicciones sociales y la destrucción masiva del capital. La guerra, en la medida que representaba el climax de la crisis, consiguió lo que le había sido negado al movimiento obrero en el pasado. El suceso coyuntural permitió al sindicalismo oficial devenir inmensamente poderoso, mucho más que cualquier desarrollo de su conciencia política, que a fin de cuentas había sufrido un importante descalabro.

Desde el período de 1935-40, la necesidad de construir un sistema defensivo-militar, en combinación con la escasez de fuerza de trabajo, dieron al TUC importantes ventajas en su posición respecto a su contraparte empresarial, en lo que a política gubernamental se refiere. Finalmente, al comienzo de la guerra, estas tendencias sociales adquirieron una expresión institucional con la aparición de ministerios y políticas estatales en general. La más clara constatación de este proceso de cambio al interior del Estado fue observada en el área de la administración pública, con la implementación del sistema de presupuestación para la distribución de mano de obra y a través de la extendida aceptación del sistema de bienestar social en gran parte de los círculos gubernamentales. El precio que el movimiento obrero tuvo que pagar en cambio por su creciente influencia y sus futuros beneficios, le representó su completa sujeción a las exigencias de la guerra.

La evolución de la lucha de clases a lo largo de las últimas décadas destruyó la amenaza radical en contra del Estado pero, al mismo tiempo, generó una firme estructura institucional de la clase obrera que se había hecho partícipe ya de la gestión gubernamental, como consecuencia de las necesidades de la guerra. Hasta el final de la conflagración militar, la institucionalización de las luchas obreras habría de establecer efectos de largo alcance en el Estado y en el equilibrio de fuerzas entre capital y trabajo, proceso que aparecería plasmado más adelante en el llamado "pacto de la post-guerra".

Pero como se señaló en un principio, no hay lucha obrera sin su correspondiente iniciativa por parte del capital. Tan pronto se hizo notar la presencia de la clase obrera en el aparato estatal, la clase empresarial recuperó para sus fines la bandera del programa de planeación estatal e incluso apoyó la nacionalización de ciertos sectores estratégicos. Desde esta perspectiva, un largo período de luchas sociales pudo madurar y devenir en el modo de dominación keynesiano, la gran iniciativa del capital.

El acuerdo del capital a la intervención estatal no estuvo relacionado, de ningún modo, con un interés particular en el progreso o, menos aún, con el deseo de extender el sistema de bienestar al resto de la sociedad. La única razón posible debió estar asociada con la necesidad de restablecer el nivel de la tasa de ganancia, y justamente el papel del Estado durante la guerra parecía garantizar este objetivo. No era nada difícil entender el efecto multiplicador que tendría el gasto estatal durante el conflicto armado y, por esa circunstancia, la idea de expansión iba a estar ligada al gasto e inversión estatales, hasta el punto de que incluso los sectores más retrógradas del capital vieron el crecimiento de la actividad estatal como una medida deseable.

Las negociaciones entre gobierno, sindicatos y organizaciones empresariales son el mejor ejemplo de los cambios estructurales que iban tomando curso en el Estado Británico, transformaciones que durante mucho tiempo pasaron desapercibidas al Partido Conservador y al Partido Laborista. El "pacto de la post-guerra" y el Estado del Bienestar no fueron el resultado de un programa electoral, sino el resultado de las transformaciones estructurales en la relación entre Estado y sociedad. Así, pues, el "Beveridge Report", con todas sus implicaciones, puede ser descrito como algo más que un "difundido radicalismo popular por cambios en el Estado y la sociedad", a pesar de que la experiencia de la actividad estatal tuvo como resultado un fortalecimiento fetichizante del Estado en tanto la "garantía real de la reforma y la reconstrucción".

Antes de la entronización del Partido laborista como ganador electoral el "obrero social" ya había nacido y así también el keynesianismo aparecía como la nueva gestión de las relaciones sociales por parte del capital.

## Teoría y práctica del Keynesianismo.

El período de la post-guerra reveló ser una etapa de inusitada expansión capitalista que tuvo un gran efecto sobre la actuación del Estado y sus instrumentos de administración.

Los años de la guerra, como vimos, representaron el climax de una crisis que había comenzado a desarrollarse en 1929. Como toda crisis, la guerra permitió la destrucción de capital a nivel internacional y creó las condiciones a partir de las cuales los procesos de concen-

tración y centralización habrían de producir una reorganización del capital encaminada a la reactivación de la economía mundial. Esto explica la aparición de los Estados Unidos como potencia hegemónica y su papel reordenador de la economía internacional a través de las instituciones creadas en los acuerdos de Bretton Woods.

Sin embargo, esta función reestructurante de la crisis fue percibida como el legítimo resultado de una continuada estrategia de intervención estatal que derivaba, más bien, de las luchas desarrolladas dentro del propio Estado y cuyo objetivo era justamente la conformación de una nueva política estatal. El triunfo keynesiano se presentó como la definición consciente de la administración económica y del control del conflicto. En este sentido, la historia de la prolongada expansión capitalista de la post-guerra fue presentada como el logro fundamental de la intervención estatal de corte keynesiano.

En efecto, la teoría de Keynes surgió teniendo como marco de referencia la crisis de 1929 pero, de hecho, su adopción como estrategia deliberada sólo tuvo lugar en la fase de la post-guerra. Si bien es cierto que el keynesianismo fue diseñado para combatir la crisis, paradójicamente iba a ser aplicado en una etapa de continua expansión y sólo sería puesto a prueba al final de dicha fase expansiva, con la aparición de una tendencia declinante en las economías capitalistas.

Sería un error, sin embargo, concluir que la importancia del keynesianismo fue casi inexistente porque, por un lado, representaba una cierta comprensión de las circunstancias que habían llevado la economía a la crisis y, por otro, porque sus mecanismos de intervención tuvieron un gran efecto en la actividad estatal, particularmente en la conformación del Estado del Bienestar: el genuino corolario del supuesto keynesiano de aumentar la "demanda efectiva".

Keynes percibió la crisis en su forma aparential y, por consiguiente, su idea de capitalismo así como la propuesta de intervención estatal quedó atrapada en la contradicción entre consumo y ganancia. En primer lugar, todo el interés de Keynes por aumentar la demanda agregada, a través de la política de pleno empleo, fue inspirado por la necesidad de restablecer la expansión capitalista resolviendo la falta de demanda, lo que parecía el mejor remedio para contrarrestar la sobreproducción de capital y mercancías. En segundo lugar, el análisis keynesiano acerca de las expectativas de beneficio a corto y largo plazo, por parte del capital, y la sugerencia de que el Estado debería ir más allá de los límites de las exigencias privadas, expresaba la intuición de Keynes acerca de las cuestiones esenciales del capitalismo: la apropiación de la ganancia. Sin embargo, en el primer caso, Keynes no realizó un análisis ulterior de los recursos materiales del Estado ni de los límites de la intervención estatal. En el segundo caso, no existió una propuesta real acerca de la participación del Estado más allá de los límites del capitalismo, sino tan sólo la tesis de que el Estado debería suplantar al capital privado como requisi-

to para asegurar el futuro del capitalismo en su conjunto: el Estado mismo aparecía como capitalista colectivo.

En teoría, la lógica inherente del pensamiento keynesiano ofrecía únicamente la posposición de la crisis y su extensión hacia el interior del Estado. En la realidad, el keynesianismo británico se materializó en la precaria expresión de la planeación indicativa, cuyo funcionamiento se caracterizaba por el manejo de técnicas de control fiscal y monetario, donde el concepto de planeación significaba esencialmente mantener el pleno empleo, tratar de controlar la balanza de pagos y elaborar estadísticas económicas anuales; pero el funcionamiento general de la economía se mantenía influenciado por la mecánica del mercado.

Desde esta perspectiva, resulta relevante preguntarse si el concepto de keynesianismo es suficientemente explicativo de las relaciones entre Estado y sociedad desde la finalización de la guerra y, particularmente, suficiente para explicar la creación del Estado del Bienestar. Quizá la mejor referencia para analizar el nuevo patrón de control y burocratización de la sociedad por parte del Estado, se encuentra en el fortalecimiento del movimiento obrero institucionalizado y la consecuente centralización del aparato estatal. Esto fue lo que sentó las bases para el surgimiento de nuevas formas de política social en los campos de la educación, distribución del ingreso, salud pública y vivienda social. La evolución de la política de pleno empleo y las propias técnicas de gestión económica también encontraron un campo de acción abierto a raíz del proceso de reestructuración de la economía mundial, el que generó nuevas condiciones de expansión capitalista a partir de las cuales el keynesianismo consiguió presentarse como un paradigma exitoso de intervención estatal.

## Estado del Bienestar y gasto público.

Independientemente de estas indicaciones, no cabe duda que la aparición del Estado de Bienestar corresponde a la etapa contemporánea del desarrollo capitalista, caracterizada por la participación directa del Estado en la gestión y reproducción de la fuerza de trabajo. La relación original entre salario y obrero ya no puede reducirse a la esfera privada del mercado sino que ha de estar mediada, desde ahora, por las relaciones entre la fuerza de trabajo y el Estado. De aquí el surgimiento del "salario social".

Otra modalidad esencial del Estado capitalista contemporáneo es el papel del gasto público. Como se señaló más arriba, la expresión administrativa del keynesianismo fue la utilización de un cuerpo de instrumentos de planeación indicativa que no implicaban el control directo de la economía, sino la implementación de políticas fiscales y monetarias que tenían por objeto indicar y estimular las acciones del capital privado. Es así que los movimientos del Estado para expandir la economía están

reflejados en la asignación de recursos a los diversos sectores de la sociedad. De esta forma, el Estado lleva a cabo el control de la sociedad a través del gasto público.

La configuración del Estado del Bienestar fue resultado de una forma particular de luchas obreras y lo fue también en tanto respuesta del capital. Esto sugiere que la evolución del sistema de servicios sociales representó un mejoramiento en el nivel de vida de la clase obrera aunque, por otra parte, permitió la reproducción del poder impersonal del capital sobre el trabajo.

El Estado del Bienestar es el uso del poder del Estado para modificar la reproducción de la fuerza de trabajo en la sociedad capitalista, en lo que concierne a la población obrera activa y al ejército industrial de reserva (Ian Gough, *The political economy of the welfare state*, p. 44-45). Esto envuelve de una parte el aprovisionamiento estatal de bienes y servicios para la clase trabajadora, no sólo en su forma material de valores de uso sino también en la forma de subsidios, impuestos y control de consumo. En su conjunto, la entrega de "bienestar" comprende el control del nivel, distribución y patrón de consumo dentro de la sociedad capitalista (Gough, p. 45-46). De otra parte, el Estado también interviene en la transferencia de poder de compra hacia aquellos sectores que constituyen el ejército industrial de reserva y que, por lo tanto, forman parte de las necesidades de reproducción de la fuerza de trabajo en general.

La manera como la clase obrera se encuentra subordinada al capital puede ser apreciada a partir del estudio de las diversas formas de reproducción y control del trabajador, a través de otras tantas instituciones del Estado, al menos en el caso británico.

El sistema de seguridad social (seguro de desempleo, beneficios monetarios, pensiones) cumple varias tareas además de reproducir a los sectores que han sido expulsados de la producción. En primer lugar, un determinado nivel de beneficios de seguridad social ejerce una gran presión sobre el precio de la fuerza de trabajo, al establecer un mínimo oficial de condiciones de vida por debajo del resto de la clase trabajadora; como resultado, el sistema de seguridad social mantiene una presión desfavorable sobre la mano de obra ocupada y estimula a los desocupados a ofrecer su fuerza de trabajo como mercancía. En segundo lugar, el sistema preserva la fuerza de trabajo como mercancía vendible para el momento en que el desempleado pueda ser absorbido de nuevo por el proceso productivo. En tercero, el sistema asume la carga de aquellos que no están listos para trabajar debido a circunstancias como la edad, el grado de calificación o la inestabilidad del empleo, pero que, todos ellos, están sujetos a ser incorporados a la relación de salario. Por último, el sistema impone disciplina y autorrestricción sobre la fuerza de trabajo en general, al establecer condiciones y límites para la obtención de beneficios.

En cuanto a la atención médica proporcionada por el Estado, el National Health Service también funciona como un importante medio de reproducción de la fuerza

de trabajo. El obrero debe mantenerse en determinadas condiciones de salud y fuerza para ejercitarse cada día en el local de trabajo. Lo que destaca en este caso es que la entrega de servicios médicos al trabajador tiene que realizarse de una forma directamente social por parte del Estado.

Analizando el funcionamiento del servicio médico en su conjunto, es posible encontrar un elemento predominante que contribuye a la perpetuación de las relaciones capitalistas. Primero, porque la provisión de salud expresa la necesidad de mantener la capacidad física del obrero con objeto de mantener la eficiencia del trabajo. Segundo, porque los servicios médicos son un elemento indispensable para garantizar la existencia de la nueva generación de trabajadores. Tercero, porque dichos servicios permiten la reproducción de la fuerza de trabajo a un nivel ideológico, actuando como una poderosa agencia de control social que legitima el sistema al exaltar la "cientificidad" del ejercicio de la medicina; que legitima la división social del trabajo al afirmar el papel subordinado del trabajo a través de la relación doctor-paciente; que fetichiza el Estado al mostrarlo como una institución benevolente y preocupada por la salud del ciudadano.

El estudio de la vivienda estatal (council housing) es útil para entender cómo el Estado controla el sistema de bienestar por medio del financiamiento y el gasto público. La participación del gobierno en el problema de la vivienda no es directa sino que se verifica a través de la asignación de recursos para los programas de construcción. De hecho, la política de vivienda ha sido precursora de la estrategia actual de recortes presupuestarios y sus efectos sobre la clase obrera. El análisis del gasto estatal es también uno de los principales indicadores de los procesos que subyacen en la contradictoria evolución de la vivienda social.

A partir de una observación general del gasto estatal en servicios sociales es indudable que el Estado del Bienestar en Gran Bretaña había venido evolucionando a un creciente costo. Esto, empero, no significó un mejoramiento de los servicios entregados, sino que estuvo ligado al encarecimiento de los mismos servicios ya existentes y al aumento de la demanda social de beneficios a causa del crecimiento poblacional, de la estructura de edad de la sociedad (una mayor proporción de niños y ancianos), pero sobre todo del incremento en el desempleo.

El Estado del Bienestar, concluyendo, creó una estructura administrativa que estableció una relación específica entre el Estado y las necesidades del trabajador, relación que abarca el aprovisionamiento de bienes y servicios, pero que establece al mismo tiempo una relación de control en la cual la separación básica entre el trabajo y sus condiciones materiales de subsistencia quedan a cargo del Estado en una proporción más significativa. El Estado del Bienestar, en última instancia, se caracteriza por su capacidad de romper la homogeneidad de clase de los trabajadores y por la habilidad de

presentar sus demandas como problemas individuales de salud, vivienda, seguridad social, etc. El Estado del Bienestar fragmenta las relaciones sociales para reconstituirlas después de una forma burocrática al nivel de las distintas instituciones oficiales de servicio social.

Esta modificación sustancial en el papel del Estado no proviene de una estrategia deliberada por allanar los obstáculos de la acumulación, sino que emana de la necesidad de responder a las luchas obreras y del imperativo de reestructurar las bases de la expansión capitalista que la crisis y la guerra habían alterado.

### **Evaluación histórica del Keynesianismo en la post-guerra.**

La experiencia británica es especialmente aleccionadora de los objetivos que el keynesianismo se había propuesto alcanzar. Por una parte, el keynesianismo aspiraba a convertir la industria británica en una de las más avanzadas del mundo occidental, lo que por sí mismo imponía un enorme desafío a la naturaleza indicativa de la planeación keynesiana. Por otra, el keynesianismo habría de verse confrontado, a la mitad de la década de los sesenta, con la finalización de la expansión prolongada de la post-guerra, momento en el que sería sometido a prueba en el corazón de su empresa teórica original: el control de la crisis. En el primer caso, el keynesianismo sería puesto en tela de juicio como política estatal y en tanto estructura de instituciones, organizaciones y procesos heredados del "pacto de la post-guerra". En el segundo, lo que quedaría en entredicho es el papel del Estado en la sociedad y la efectividad de la intervención estatal como teoría y práctica del Estado capitalista en general.

Haciendo una evaluación histórica del período de la post-guerra, no hay duda de que estamos tratando con un proceso social que puede dividirse en dos etapas. Primero, tenemos una fase de expansión mundial en que los objetivos gubernamentales son alcanzados. Los veinte años que siguieron a la finalización de la guerra presenciaron un equilibrio industrial, prosperidad económica, y una estabilidad política exenta de grandes pugnas entre los partidos y entre el Estado y la sociedad. Lo más significativo de esta etapa fue, sin embargo, la debilidad de la industria británica en relación al resto de los países capitalistas avanzados. Es en este terreno donde el keynesianismo británico debe ser evaluado: en su fallido intento de reestructurar el capital industrial y evitar así el declinamiento, aunque fuese solamente relativo, de la economía nacional. Ciertamente, esta cuestión reveló desde el principio los límites de la intervención estatal keynesiana.

Estas contradicciones no podrían ser asociadas, sin distinciones, a una segunda fase, a partir de la segunda mitad de los sesentas, donde la efervescencia de descontento industrial, inflación, desempleo y la crisis fiscal del

Estado pueden ser apreciados a la terminación de la onda expansiva del capital a lo largo de la economía mundial.

Durante la primera fase, el keynesianismo se desarrolló a través de la implementación de un programa basado en la planeación indicativa y en un creciente ritmo de gasto estatal que sostenía el pleno empleo. Las reformas sociales e incluso la extensión de la toma de decisiones a los sindicatos oficiales, son otras características de esta época. Sin embargo, el keynesianismo británico se vió obligado a recurrir desde entonces a políticas salariales y de ingresos destinados a mantener el nivel de la tasa de ganancia y a asegurar la continuación del propio keynesianismo. El control de las luchas obreras fue llevado a cabo a partir de la introducción de una recurrente política de restricción salarial, promovida y aceptada por el movimiento obrero oficial, y que finalmente jamás consiguió levantar al capital británico. Este fracaso se encontró muy pronto con el estallido de descontento popular a consecuencia de la crisis del sistema de control burocrático que había surgido de la institucionalización de las luchas obreras. Pero sería equivocado decir que la reestructuración del capitalismo británico pudo haber sido realizada con la simple adopción de medidas tales como la devaluación de la libra esterlina, sin que esto se hubiese manifestado en la destrucción del keynesianismo y su base social del apoyo.

Cuando el gobierno británico, en el período de 1965-68, decidió implementar una política deflacionaria y la devaluación abandonó todo compromiso con la política de pleno empleo. La siguiente era de inflación, huelgas extraoficiales, creciente desempleo, declinante productividad, estancamiento y decreciente rentabilidad reflejaba el fracaso de administrar la economía con el solo sostén de las restricciones a la clase obrera, e inauguraba además una nueva etapa de crisis para la economía y para la intervención estatal, espoleada por el resurgimiento de las luchas obreras en la forma de la llamada "militancia industrial".

### **La teoría de las crisis y los límites del intervencionismo estatal.**

Aunque la tendencia declinante del capitalismo puede ser ubicada en la mitad de la década de los sesenta, la aparición plena de la crisis se produjo en 1974-75. Desde ese tiempo la economía internacional sufrió un incremento en la tasa inflacionaria, una caída en el crecimiento del Producto Nacional Bruto de los principales países capitalistas y un aumento del desempleo. Esto sugiere la revisión de algunos problemas relacionados con la teoría de las crisis y con el papel del Estado capitalista dentro de la sociedad.

Nos parece particularmente relevante recuperar la discusión acerca de las relaciones entre la producción y la realización del plusvalor. En autores como Bullock y

Yaffe, y Mattick existe la tendencia a considerar la producción de valor y plusvalor como el único elemento explicativo de la crisis. No hay duda de que todos esos autores reconocen la existencia del problema de la realización en el capitalismo, aunque todos ellos aceptan que este obstáculo es automáticamente superado por la expansión del capitalismo y, particularmente por la creación del mercado mundial. Así, según ellos la tendencia decreciente de la tasa de ganancia constituye el único punto de referencia para explicar la crisis.

La introducción del mercado mundial en el análisis abstracto de la crisis, sin embargo, representa un error metodológico dado que en ese nivel teórico no es necesario referirse al problema de los mercados nacionales o internacionales, un problema histórico, sino tan sólo a la relación abstracta entre trabajo y capital dentro de un modo de producción también abstracto. En este sentido, bien puede existir un problema de la realización dentro del capitalismo sin que por ello se contradiga el principio explicativo general de la crisis. La tendencia decreciente de la tasa de ganancia es un proceso contradictorio que explica y produce interrupciones periódicas a la acumulación del capital, pero está claro que la causa de las crisis no es la crisis misma. No se trata de asumir el falso dilema entre producción y circulación, sino explicar bajo qué circunstancias las contradicciones del contenido necesariamente se expresan en una forma específica. En otros términos, se trata de explicar por qué la tendencia decreciente de la tasa de ganancia siempre adopta la forma de la sobreproducción de mercancías, o la falta de demanda.

Como Mattick lo dice, el problema de la realización del plusvalor es un problema del mercado en general, pues la acumulación del capital siempre expresa el aumento de la productividad y, por consiguiente, un aumento de la producción de mercancías destinadas al consumo. De esta forma, no basta decir que la expansión de la acumulación resuelve el problema de la realización porque precisamente es ese el mecanismo que agrava el problema al producir más y más bienes. Las contradicciones del capitalismo no dependen exclusivamente de la manera de producir valor y plusvalor, sino también de la recurrente imposibilidad de resolver la contradicción inherente entre valor y valor de uso. Y esto es así porque las mismas condiciones que generan un aumento de la composición orgánica del capital y, pues, una tendencia a la baja de la tasa de ganancia, se expresan en el nivel de la circulación como la desproporcionalidad entre los sectores de producción y como la reducción de la capacidad de consumo de la mayor parte de la sociedad. Esto explica por qué cada crisis representa la imposibilidad de producir un adecuado nivel de plusvalor y la imposibilidad de realizarlo bajo la forma de la ganancia.

La intervención estatal es un elemento clave para comprender la reproducción del capital hoy en día. Como vimos el Estado extendió sus actividades dentro de la economía al vincularse directamente al proceso de pro-

ducción de valor, al mantener la fuerza de trabajo a través del sistema del bienestar y al garantizar la ocupación a partir de la política del pleno empleo. El Estado jugó también un papel importante al financiar los déficits privados, al expandir la base crediticia de los bancos y al aumentar el suministro de dinero. El resultado fue la aceleración de la acumulación pero también, a largo plazo, el agravamiento de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Esto último se produjo como consecuencia del gasto y consumo improductivos del Estado lo que, en un momento determinado, redujo la masa de ganancia disponible para la acumulación. De esta forma, el objetivo inicial de aumentar la productividad se vio contradicho por la aparición de la inflación y, más tarde, la estanflación.

Todas las actividades estatales son el resultado de gastos financiados esencialmente por los impuestos y por la producción estatal de nuevo valor. En este sentido, cada actividad estatal que no produce valor y plusvalor representa una deducción a los salarios y a la masa de ganancia, por lo tanto es improductiva. Si el Estado interviene de esta forma la consecuencia será la intensificación de la lucha por la ganancia puesta en circulación. Por un lado, el Estado promueve la inflación con el objeto de transferir valor desde el consumo hacia la acumulación. Por otro, la inflación brota del intento del capital por restablecer la rentabilidad por la vía del aumento de precios. Pero en ambos casos, la inflación proviene del intento de contrarrestar la tendencia de la tasa de ganancia a caer, agravando en el futuro las contradicciones que conducen a la crisis.

Desde esta óptica teórica, podríamos terminar concluyendo que la creciente expansión del Estado, en su tarea de regular la economía, bajo la forma de la economía mixta y el Estado del Bienestar, no necesariamente ha servido a la acumulación. Para Bullock y Yaffe, por ejemplo, los gastos del Estado en servicios sociales son primordialmente improductivos en su totalidad, porque sólo una pequeña parte contribuye a la formación del valor de la fuerza de trabajo. Lo mismo sucede con los gastos utilizados para el mantenimiento del aparato estatal. Existen otros gastos de origen productivo, como los que se emplean en las empresas estatales que generan y transfieren valor a la acumulación; la producción de armamento con miras a la exportación; y, los proyectos de desarrollo e investigación útiles para el futuro del capital. Pero en su conjunto, la mayor proporción de las erogaciones del Estado debe ser considerada como improductiva y solamente útil para el capital en términos políticos.

De acuerdo con esta tesis, la importancia del keynesianismo se limitó a la extensión del crédito de tal forma que el capitalismo pudiese posponer la crisis, mientras que la creación del Estado del Bienestar fue el resultado exclusivo de las luchas de la clase obrera. Por consiguiente, la intervención estatal keynesiana sólo consi-

guió reducir la tasa de ganancia y, en el mejor de los casos la posposición de la crisis.

La mayor parte de la argumentación anterior es indisputable si se considera el carácter de la crisis de 1974-75, pero aún es discutible sostener que los gastos estatales tuvieron un efecto negativo sobre la reproducción del capital si vemos el problema desde una perspectiva histórica. Nuevamente, se trata de discutir aquí el concepto de reproducción que los autores han reducido a la producción de valor y plusvalor. Más cuestionable aún es la idea de que la crítica a la intervención estatal se reduce al análisis de la naturaleza productiva e improductiva de los gastos del Estado.

Pensamos que el keynesianismo fue una estrategia diseñada para superar la crisis al nivel de la circulación pero que, paradójicamente, tuvo éxito al prolongar una fase de expansión capitalista. La creación del Estado del Bienestar, en particular, no fue resultado exclusivo de las luchas de los trabajadores, sino que reflejó también la necesidad del capital y del Estado de controlar las luchas obreras y de preservar la existencia de la fuerza de trabajo. En relación a estos objetivos, el Estado del Bienestar también alcanzó sus objetivos.

Sin embargo, si el keynesianismo consiguió aparecer como una estrategia exitosa ello se debió a que el capitalismo había entrado a una etapa de tremenda expansión que creó las condiciones en las cuales el gasto estatal y el Estado del Bienestar podían desarrollarse sin dañar la acumulación capitalista y sí, por el contrario, confiriéndole un cierto grado de proporcionalidad y capacidad de consumo a la sociedad. Cuando esta onda expansionista llegó a su fin, los límites del keynesianismo quedaron al descubierto y las políticas estatales se revelaron como una respuesta inadecuada para la crisis. Fue la caída de la tasa de ganancia la que precipitó la crisis del keynesianismo y no éste el que minó la rentabilidad del capital, incluso si en el final intensificó esta tendencia.

Pero aún queda por responder la pregunta de si el fallido intento del keynesianismo por controlar la crisis se debió a la esencia improductiva del gasto estatal. No hay duda de que toda actividad del Estado que no produce nuevo valor, en un momento determinado disminuye el ritmo de la acumulación. Pero ¿debemos asumir que una intervención productiva del Estado podría resolver la crisis en lugar de posponerla? ¿Debemos limitar la crítica del keynesianismo al problema de los gastos productivos e improductivos del Estado, o podemos ir más allá y criticar toda forma de intervención estatal en la sociedad capitalista?

La tesis de O'Connor de que los recursos materiales del Estado son siempre insuficientes para financiar sus gastos, muestra que el límite a la intervención estatal depende no sólo del carácter de su involucramiento sino, sobre todo, de las contradicciones del capitalismo en general. La crisis fiscal del Estado es la expresión de las contradicciones que conducen a la crisis del Estado capi-

talista porque, al producir valor y plusvalor, el Estado no suprime la caída de la tasa de ganancia sino que financia el déficit de beneficios privados que, en el futuro, será el déficit del propio Estado. Más allá del hecho de si el Estado se encuentra sujeto o no a la ley del valor, sus actividades se encuentran condicionadas por la tendencia general de la tasa de ganancia a caer.

## La crítica monetarista del keynesianismo.

La estanflación y la crisis fiscal del Estado son la plataforma de lanzamiento de políticas tales como los recortes presupuestarios y la restructuración del gasto público. Las políticas estatales surgidas de la crisis representan por sí mismas la antítesis del keynesianismo, pero de eso no se desprende que el monetarismo sea el triunfo de una política estatal sobre otra. En todo momento, el monetarismo aparece como una respuesta contradictoria del Estado a la profundización de la crisis capitalista y a las luchas obreras a que dio lugar.

De esta manera, el punto de referencia para el estudio del monetarismo británico lo constituye la crisis que se desarrolló a partir de la segunda mitad de 1960 y que estalló abiertamente en 1974-75. Este suceso fue lo que impuso al Estado británico la tarea de restructurar el capital y, dadas las circunstancias de la post-guerra, la necesidad también de atacar las condiciones de existencia de la clase obrera, materializadas en su nivel de vida y en el presupuesto estatal destinado a los servicios sociales.

El monetarismo es altamente hostil al reformismo keynesiano en al menos tres grandes problemas. En primer lugar, el monetarismo sostiene la idea de que las actividades estatales son fundamentalmente improductivas y tienen un efecto negativo para la producción de riqueza en el sector privado y en particular en el causante fiscal. Entonces, es necesario reducir el gasto público y regresar el máximo posible de las acciones del Estado al mercado y la familia; de esta forma se previene el crecimiento de los gastos sociales en un período de recesión. En segundo lugar, el gobierno debe controlar la inflación a través de un firme control en el suministro de dinero. Este objetivo puede ser alcanzado si se reduce el endeudamiento público y si se evita el recurso a imprimir dinero, asimismo se puede lograr estableciendo metas monetarias y controlando el volumen de crédito de acuerdo a dichas metas. En este sentido, el gobierno es directamente responsable de la inflación; las demandas sindicales no necesariamente son inflacionarias pero aumentan el desempleo y producen estancamiento, en vista de que salarios más altos obligan a los despidos y de que la resistencia de los sindicatos a la "racionalización" y las innovaciones tecnológicas evita la expansión industrial. En tercer lugar, la acción del Estado debe restringirse al mantenimiento de un funcionamiento adecuado

del mercado, removiendo todo obstáculo que pueda afectarlo. Este objetivo no implica una retracción total del Estado sino más bien la reorientación de sus actividades a diferentes fines. El mercado libre requiere de un Estado fuerte (Andrew Gamble, "Thatcherism and conservative politics...", p. 114-116).

Para Ian Gough ("Thatcherism and the welfare state") keynesianismo y monetarismo son dos políticas para restablecer la tasa de ganancia, al nivel de la circulación y de la producción en uno y otro caso. Para Gough, el keynesianismo superó la crisis de subconsumo pero, en el largo plazo, contribuyó a la caída de la tasa de ganancia. Por el contrario, el monetarismo, con su política de recortes presupuestarios y el ataque a las condiciones de la clase obrera, produce ganancias en el largo plazo a expensas del corto plazo.

Cabe señalar que cuando criticábamos la tesis de la sobreacumulación de capital, no intentábamos sugerir que el keynesianismo hubiese conseguido corregir la crisis sino que había contribuido a introducir "racionalidad" y estímulo a una economía que ya se encontraba en expansión. El monetarismo, según nuestro punto de vista, no constituye una estrategia para restaurar la expansión (en el corto o largo plazo), sino un intento de evitar la interferencia estatal en el funcionamiento de las fuerzas del mercado las cuales, por sí mismas, restablecerán en el futuro las condiciones para la expansión. El monetarismo es una política para sobrevivir la crisis, no para controlarla, a un alto costo social. En sus principios, no sólo se niega la eficacia del keynesianismo sino que también se cuestiona la tradición de la administración pública para la cual el objetivo de la participación estatal es el crecimiento económico. Pero, a fin de cuentas, ni el keynesianismo ni el monetarismo proporcionan una teoría consistente de la crisis, ni ofrecen una "solución" real a las contradicciones del capitalismo. Si la expansión capitalista consigue reanudarse sobre bases firmes eso será resultado del funcionamiento de la crisis.

## Crisis del keynesianismo y las nuevas luchas obreras.

Pero el monetarismo, como decíamos, no fue consecuencia de la derrota ideológica de la política estatal que prevaleció desde la finalización de la guerra. Su forma histórica se genera en los procesos sociales que llevaron a la victoria electoral a M. Thatcher. Su encumbramiento puede ser establecido en el desarrollo del conflicto entre el keynesianismo y la militancia industrial de la clase trabajadora, cuando el último residuo del "pacto de la postguerra" fue destruido. Desafortunadamente para el movimiento obrero, las luchas contra el Estado fueron de un carácter esencialmente sindical y por consiguiente defensivo; fueron luchas de resistencia contra el Estado burocrático creado durante la post-guerra y

contra sus políticas de restricción salarial y legislación antisindical.

En efecto, desde 1947 y 1948 el Partido Laborista estableció una política de restricción salarial a través de la cual intentaba reestructurar la economía británica. Desde entonces la resistencia de la clase trabajadora a dichas medidas llevó al colapso del gobierno Laborista e hizo que la década de los años 50 estuviese caracterizada por la ambigüedad del gobierno e incluso de la propia oposición Conservadora.

La década de los años sesenta, por su parte, marcó el inicio de la denominada "política salarial y de ingresos" que vendría a convertirse prácticamente en el único instrumento de planeación económica. Esta política encuadraba las relaciones entre Estado, movimiento obrero y sector empresarial en un marco de compromiso que garantizaría estabilidad en los niveles de precios y de salarios de acuerdo a las estimaciones oficiales acerca de la marcha de la economía británica. Sin embargo, lo que desde el punto de vista del empresario representó un compromiso voluntario a acatar las indicaciones gubernamentales, desde la perspectiva del trabajador significó la restricción obligatoria a limitar las demandas salariales al crecimiento de la productividad. Asimismo, dicha política obligó a la clase obrera a aceptar las legislaciones anti-obreristas y, en algunos casos, aun renunciar al derecho de huelga.

Las razones que explican por qué el movimiento obrero aceptó esas medidas a pesar de repetidos fracasos sólo se entiende a la luz de las expectativas de conseguir la expansión económica preconizada por el keynesianismo y, por lo tanto, de mejorar las condiciones de vida en el futuro.

Pero a la mitad de la década de los años sesenta toda la estrategia Laborista se vino abajo cuando los esfuerzos por contener la caída de la libra esterlina se hicieron inútiles. Como consecuencia, el gobierno implementó un amplio programa deflacionario y la decisión radical de congelar los salarios. Con ello se derrumbó todo el sistema de planeación aun en su limitada expresión indicativa y en particular la política de pleno empleo. Con esta modificación tan significativa en su política, el gobierno Laborista inauguró el fin de una era de colaboración entre el gobierno y la clase obrera cuyo efecto habría de ser la aparición de nuevas luchas obreras que, sin embargo, habrían de afectar en primera instancia a esa forma burocrática de organización obrera encarnada por el TUC.

La tecnologización de la industria británica en los años posteriores a la guerra transformó sustancialmente la estructura de la clase obrera, en áreas tales como la industria automotriz, la petroquímica y el aeroespacio, proceso que se vio acompañado por el crecimiento del sindicalismo de los trabajadores de "cuello blanco". En su conjunto, dichas transformaciones debilitaron el poder del sindicalismo tradicional y permitieron el resurgimiento de antiguas demandas radicales, como lo fue el

control industrial por parte de los trabajadores. Estos cambios estructurales no dejaron intacto el sindicalismo oficial, el cual presencié asimismo una tendencia interna hacia el radicalismo.

Es, pues, la segunda mitad de los años sesenta la que señala el inicio de la crisis de la estrategia keynesiana y la crisis de los representantes tradicionales del movimiento obrero. Como vimos, la nueva etapa de las luchas obreras habría de desarrollarse como una erupción en contra de la burocracia sindical y una vez más, aunque en circunstancias diferentes, el Congreso de Sindicatos (TUC) —junto con el propio Partido Laborista— devinó en una obsoleta maquinaria de integración incapaz de contener el descontento dentro de las filas de los trabajadores de base. Para 1970, con el resurgimiento de los “shop stewards”, la llamada “militancia industrial” de la clase obrera británica llevó la explosión de huelgas hasta niveles sin precedentes desde los años 20s.

## La “nueva derecha” y el Thatcherismo.

La otra gran transformación en la sociedad británica correspondió a la recomposición de las alianzas dentro del Partido Conservador, para dar origen a la “Nueva Derecha”. Fue la confluencia entre la economía política liberal tradicional y los principios políticos e ideológicos del nuevo derechismo, la que permitió la elevación de M. Thatcher al liderazgo del Partido. Por un lado, el monetarismo rechazó los supuestos y prioridades del keynesianismo y, por otro, este rechazo permitió el vínculo entre los principios del mercado libre y el énfasis conservador en un Estado más fuerte en los terrenos de la defensa, la ley y el orden, y la fuerza de la familia. Asimismo, el thatcherismo revivió la vieja hostilidad conservadora contra los sindicatos: la única forma de reestructurar la base industrial, según esto, radica en el enfrentamiento contra los sindicatos y en la derrota decisiva del poder defensivo de los representantes sindicales de base (los “shop stewards”).

Desde el punto de vista ideológico, proviene de contradicciones reales entre el “pueblo” y las estructuras existentes del Estado intervencionista, ilustradas en el efecto que sobre la sociedad británica tenían instituciones tales como la política salarial y de ingresos o la entrega burocrática de bienestar para la población.

El thatcherismo tuvo su antecedente en el gobierno de Heath, pero los supuestos que surgieron desde entonces sólo encontraron cabal expresión bajo la administración de Thatcher. El gobierno de Heath fue precursor del thatcherismo en tanto compartía un bagaje ideológico común correspondiente a la doctrina del “mercado social”. Sin embargo, hubo un elemento radicalmente diferente en los dos casos. Heath no rechazaba las principales metas keynesianas acerca del crecimiento y el pleno empleo. La doctrina del mercado social fue un

instrumento técnico para alcanzar la expansión y la mejor prueba de ello fue la marcha atrás realizada por Heath a la mitad de su gobierno. Para Thatcher, por el contrario, el deterioro continuo de la economía destruyó la confianza en la socialdemocracia de tal suerte que la doctrina del mercado social se convirtió en una cuestión de principio para toda política del Estado. Fue así como la crisis de 1974-75 creó las condiciones para el desarrollo de nuevas estrategias.

## El Thatcherismo y el embate contra el Estado del Bienestar.

La mejor expresión del thatcherismo puede ser encontrada en su embestida contra el Estado del Bienestar. La política de recortes en los gastos sociales resume el principio monetarista de controlar el suministro de dinero, para reducir el déficit público y el nivel de los impuestos, así como el endeudamiento del Estado. El compromiso del thatcherismo a mantener el nivel de gastos en el área de la defensa se ve compensado por la intensificación de los recortes en gastos sociales. Además, la decreciente proporción del salario social en relación al ingreso nacional ha creado el ambiente deseado por el monetarismo para romper el poder defensivo del movimiento obrero y, de esta forma, imponer el funcionamiento del mercado en las negociaciones salariales. De otra parte, el thatcherismo ha desplazado la política social por el individualismo, en oposición a la tradición de la post-guerra de proporcionar socialmente el bienestar.

Sin embargo, es importante mencionar que el gobierno de Thatcher no tuvo que abandonar la política keynesiana hacia el Estado del Bienestar. El gobierno Laborista anterior había ya introducido políticas deflacionarias e instituyó, por vez primera, los llamados “límites en efectivo” (cash limits). Después del abandono de la Estrategia Económica Alternativa, el gobierno laborista de 1974-79 no sólo emprendió el más grande ataque contra los salarios reales, sino que también puso fin a los planes para mejorar la prestación de servicios sociales.

El desarrollo de los recortes comenzó a la mitad de los años sesentas y desde entonces ha producido un efecto negativo en educación y vivienda, y en la estabilización de los servicios personales. Indudablemente, el sistema de los límites en efectivo ha funcionado y ello se ha puesto de manifiesto en la calidad de los servicios entregados por las autoridades locales. El estancamiento de los gastos en servicios sociales ha sido acompañado, no obstante, por un leve incremento en el gasto real (y lo mismo podría esperarse en el futuro de la administración de Thatcher), pero esta tendencia realmente representa una contracción de los servicios de bienestar si se considera el aumento de las necesidades de la población, como consecuencia del dramático crecimiento del desempleo y las crecientes necesidades de nuevos individuos que son elegibles para recibir tales beneficios.



La estrategia thatcherista representa algo más que una contracción cuantitativa del Estado del Bienestar. En vivienda, por ejemplo, el incremento de las rentas de la vivienda estatal se ha revertido en un estímulo a la venta de dichas habitaciones y en una significativa reducción de los programas de nuevas construcciones. En educación, ha disminuido la creación de escuelas comprensivas, han aumentado las colegiaturas para los estudiantes extranjeros y ha aumentado la oposición a esquemas de préstamos estudiantiles. En seguridad social, se ha verificado una afectación de los beneficios para las familias de los huelguistas y un deterioro de los beneficios de corto plazo para los enfermos, desempleados y minusválidos.

En apariencia, la única institución que pareciera no ser afectada por los recortes es el National Health Servi-

ce. En la realidad, la evolución del NHS desde la segunda parte de la década de los setenta ha sido también representativa de las tendencias mencionadas arriba. Su impacto se ha traducido en un deterioro de los servicios médicos en general y en una modificación de las prioridades de la administración, en lo que respecta a la política de salud (que trata de privilegiar hoy día la autoresponsabilidad en vez del servicio social) y a la composición estructural de la fuerza de trabajo dentro de la institución (que ha revivido las viejas diferencias jerárquicas entre los trabajadores de la salud).

Desde el punto de vista del thatcherismo, el NHS no debe escapar a la dominación de las fuerzas del mercado y las responsabilidades individuales deben prevalecer sobre las responsabilidades sociales. Para autores como Iliffe ("Dismantling the health service", p. 248), es probable que el gobierno de Thatcher siga el camino de crear dos servicios médicos, uno privado y otro estatal, trabajando paralelamente y en conjunto pero estableciendo su propia esfera de influencia así como de responsabilidad. Habría tres métodos para implementar el proyecto. Primero, a través de la mencionada política de recortes y los límites en efectivo, que prácticamente han forzado ya la "racionalización" del NHS. Segundo, por la vía de la sujeción del control central del NHS a los administradores regionales y locales. Tercero, por medio de la sustitución de la responsabilidad social, existente en la actual estructura de comités, por métodos de administración gerenciales.

## Epílogo

El resultado del primer período de régimen thatcherista tuvo como resultado la intensificación de la crisis. La reducción de la producción manufacturera, los niveles de desempleo y la caída de los beneficios industriales y comerciales, han alcanzado en Gran Bretaña proporciones como en ningún otro país capitalista avanzado. Ciertamente, detrás de la lógica del monetarismo existe la intuición de que la crisis restructurará el capitalismo, aunque sería aventurado decir que los conservadores han promovido deliberadamente la recesión. Hasta ahora, el monetarismo ha dejado operar la crisis a través de una captación virtualmente inconsciente de sus efectos.

Sin embargo, a pesar de la "congruencia" lógica del thatcherismo, todavía sobreviven varias incongruencias que han vuelto ambiguo e inconsistente su plan original. Especialmente importante ha sido la falta de control del gasto público, lo que ha forzado el incremento de las tasas de interés y los impuestos como único medio para controlar el crecimiento de la inflación. Los otros objetivos, como la derrota definitiva de la clase trabajadora y la privatización del sector nacionalizado, aún no han sido completados.

Cualesquiera sean los obstáculos que el thatcherismo llegue a encontrar, es poco probable que se produzca

una nueva marcha atrás en la totalidad de la política estatal. No es factible esperar un retorno inmediato a cualquier forma de política socialdemócrata, sino más bien una más coherente estrategia monetarista: el encumbramiento de M. Thatcher tomó lugar en un momento en que la confianza en el keynesianismo se había derrumbado en todos los niveles. Por lo pronto, el futuro del thatcherismo será el futuro del capitalismo y, si consigue estabilizarse, este período de la historia británica será recordado como uno de los regímenes más autoritarios y vergonzantes para el movimiento obrero de ese país. ■

### Referencias Bibliográficas:

- Addison, Paul**, *The road to 1945*. London, Quartet Books Limited, 1977, 334 p.
- Anglietta, Michel**, "World capitalism in the eighties", en *New Left Review*. no. 136, november-december 1982, p. 5-42.
- Bleaney, Michael**, "Conservative economic strategy", en Hall and Jacques (ed.), *The politics of thatcherism*. London, Lawrence and Wishart Ltd., 1983, 344 p.
- Bullock, P., y Yaffe, D.**, "Inflation, the crisis and the postwar boom", en *Revolutionary Communist*. no. 3-4, november 1975, p. 5-45.
- Corrigan, P.**, "The welfare state as an arena of class struggle", en *Marxism Today*. vol. 21, no. 3, march 1977.
- Currie, David**, "World capitalism in recession", en Hall y Jacques (ed.), *The politics of thatcherism*. London, Lawrence and Wishart Ltd., 1983, 344 p.
- Doyal, Lesley**, *The political economy of health*. London, Pluto Press, 1979, 360 p.
- Gamble, Andrew**, *Britain in decline: economic policy, political strategy and the state*. London, Macmillan, 1981, 279 p.
- Gamble, Andrew**, "Thatcherism and conservative politics" ..., en Hall y Jacques (ed.), *The politics of thatcherism*. London, Lawrence and Wishart Ltd., 1983, 344 p.
- Ginsburg, Norman**, *Class, capital and social policy*. London and Basingstoke, The Macmillan Press Ltd, 1979, 192 p.
- Glyn, A. y Harrison, J.**, *The British economic disaster*. London, Pluto Press, 1980, 184 p.
- Gough, Ian**, *The political economy of the welfare state*. Hong Kong, The Macmillan Press Ltd., 1981 196 p. (reimpresión).
- Gough, Ian**, "Thatcherism and the welfare state", en Hall y Jacques (ed.), *The politics of thatcherism*. London, Lawrence and Wishart Ltd., 1983, 344 p.
- Hall, Stuart**, "The great moving right show", en Hall y Jacques (ed.), *The politics of thatcherism*. London, Lawrence and Wishart Ltd., 1983, 344 p.
- Hirsch, Joachim**, *The fordistic 'Security State' and new social movements*. s.f., mimeo.
- Iliffe, Steve**, "Dismantling the health service", en Hall y Jacques (ed.), *The politics of thatcherism*. London, Lawrence and Wishart Ltd., 1983, 344 p.
- Jacques, Martin**, "Thatcherism-breaking out of the impasse", en Hall y Jacques (ed.), *The politics of thatcherism*. London, Lawrence and Wishart Ltd., 1983, 344 p.
- Jessop, Bob**, "The transformation of the State in the post-war Britain", en Scase, R. (ed.), *The State in western Europe*.
- London Edinburgh weekend return group**, *In and against the State*. London, Pluto Press, 1980, 147 p.
- Mandel, Ernest**, *Late capitalism*. London, NLB, 1975, 599 p.
- Mattick, Paul**, *Marx and Keynes*. London, Merlin Press, 1980, 364 p.
- Mattick, Paul**, *Economic crisis and crisis theory*. London, Merlin Press, 1981, 227 p.
- Negri, Antonio**, "John Maynard Keynes e la teoria capitalistica dello Stato nel '29", en Bologna, S., et. al., *Operari e Stato*. 1972, p. 69-100
- Middlemas, Keith**, *Politics in industrial society*. London, Andre Deutsch Editor, 1979, 512 p.
- Mohum, S., and Willoughby, J.**, *Monetarism and the collapse of socialdemocracy*. Mimeo, march 1983, 84 p.
- Panitch, Leo**, *Social democracy and industrial militancy: the Labour Party, the trade unions and incomes policy 1945-1974*. Cambridge, Cambridge University Press, 1976, 318 p.
- Rowthorn, Bob**, "The past strikes back", en Hall y Jacques (ed.), *The politics of thatcherism*. London, Lawrence and Wishart Ltd., 1983, 344 p.
- Stewart, Michael**, *Politics and economic policy in the UK since 1964: the Jekill and Hyde years*. Oxford, Pergamon, 1978, 272 p.
- Tronti, Mario**, "Workers and capital", en *The labour process and class strategies*. London, CSE (pamphlet no. 1), Stage 1. 1976, p. 92-129.